

Sugerencias teóricas para un abordaje de la vía bolivariana

Raphael Lana Seabra
Fabricio Pereira da Silva

Universidad de Brasilia. (UnB - Becario CAPES-PDEE)
raphaelseabra@hotmail.com
Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA)
fabricio.pereira@unila.edu.br

Introducción

El propósito de esa ponencia es presentar claves analíticas que puedan contribuir con el análisis del proceso político, social y económico venezolano de los últimos años, y con la comprensión de una posible “vía bolivariana” que estaría definiéndose, sus posibilidades y límites. Más que un análisis pormenorizado del proceso, esa ponencia recurre a la literatura especializada con la cual establece un diálogo, sugiriendo formas de comprender teóricamente el proceso venezolano en curso. Las proposiciones teóricas presentadas en el texto son las que siguen. Sugerimos que la crisis que empezó antes de la asunción de Hugo Chávez Frías y su Movimiento V República (MVR) al poder puede ser caracterizada como una “crisis hegemónica”, y que la alternativa materializada en el ex-teniente-coronel y en su movimiento constituye una forma de “cesarismo progresista”. Procuramos diferenciar el “chavismo” (referente al liderazgo de Chávez) del “bolivarianismo” (de más hondas raíces en la sociedad venezolana y en sus izquierdas), y delimitar lo que comprendemos como “vía bolivariana”.

El chavismo integra y hasta cierto punto define el bolivarianismo. La delimitación de los dos y su separación es en

principio un recurso analítico. Sin embargo, puede traducirse en la práctica, en la medida que hay sectores bolivarianos más críticos al chavismo, y que la vía bolivariana es la traducción concreta, el resultado de la relación compleja entre las propuestas bolivarianas, chavistas y otras (por ejemplo, comunistas) y sus limitaciones nacionales e internacionales – impuestas por las oposiciones, estructura económica, relaciones internacionales, etc. Tal vía deberá comprenderse a partir tanto de cambios societarios globales cuanto de especificidades venezolanas, y en ese ejercicio nociones como el “rentismo” venezolano y el reciente “socialismo del siglo XXI” deberán ser introducidas en el debate.

La ponencia se estructura de la forma siguiente. En la próxima sección presentamos las concepciones de crisis hegemónica y de gestación del cesarismo progresista, a través del análisis del chavismo y de la dimensión del “fenómeno Chávez”. Enseguida, discutimos el desarrollo del bolivarianismo (al cual el chavismo está integrado, lidera y por veces contradice) y la función de las clases subalternas en el proceso. En la sección siguiente, evaluamos el estado actual de la vía bolivariana y del “socialismo del siglo XXI”, y sugerimos algunos límites y posibilidades del proceso. Para concluir, hicimos algunas consideraciones finales y sistematizamos nuestras argumentaciones. La ponencia está marcada por preocupaciones con una contextualización del fenómeno chavista/bolivariano, por veces a través de su inserción en el fenómeno más amplio de la asunción de movimientos de izquierda y gobiernos progresistas en América Latina. Adicionalmente, buscamos criticar las más simples visiones “anti-chavistas” y “chavistas radicales” (Ellner, 2010).

El cesarismo progresista: del “fenómeno Chávez” al chavismo

Las décadas de 1980 y 1990 marcan el punto de declive de la política “puntofijista” que regía la sociedad venezolana desde 1958. El carácter dramático de los eventos ocurridos en ese período expresa una verdadera crisis política, social y económica. Esos eventos ofrecieron una oportunidad a algunos nuevos movimientos y partidos, que emergieron como alternativas a partidos considerados “tradicionales”. Al apuntar las debilidades del sistema político-social, sus dificultades en rectificar sus conductas o responder a la recesión económica y empobrecimiento creciente de la población, esos nuevos movimientos y liderazgos canalizaron la insatisfacción popular – en especial el MVR y Chávez, que efectivamente llegaron al poder. Si realmente había una grande contestación al modelo neoliberal y al bloque de fuerzas que lo defendía e impulsaba, no es sólo con el fracaso del neoliberalismo que la crisis puntofijista se relaciona, sino también con el agotamiento de formas de organización estatal, dominación social, baja inclusión político-social y monopolio partidario.

Consideramos, por tanto, tratarse aquí de una “crisis de hegemonía de la clase dirigente”, cuyo fracaso en la elaboración del consenso llevó amplias masas a salir “súbitamente de la pasividad política para cierta actividad y a presenta[r] reivindicaciones que, en su conjunto desorganizador, constituyen una revolución”. Se presenta en Venezuela en este período una “crisis del Estado en su conjunto” (Gramsci, 2002, v. 3: 60), que está lejos de ser solucionada, pudiendo extenderse por un largo período. No hay dudas que el marco inaugurador de ese proceso fue el llamado “Caracazo”, levante popular espontáneo ocurrido en el principio de 1989 que tuvo como estopín la subida de los precios de combustibles y en consecuencia de

las tarifas de los transportes públicos, y que fue violentamente reprimida al costo de centenas (tal vez miles) de muertos.

En el cuadro de crisis hegemónica, la visibilidad nacional del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200) como movimiento político ocurre enseguida a la derrota del golpe militar en 4 de febrero de 1992 (4-F). Aunque tengamos en cuenta todos los riesgos de quiebra del régimen democrático y su carácter condenable, puede considerarse que en cierto sentido el golpe militar terminó siendo positivo para la consolidación del movimiento bolivariano. En primer lugar, él “tuvo el significado simbólico de buscar un rompimiento con un sistema que no resolvía los problemas de la población”. En segundo lugar, generó “héroes claramente visibles por la opinión pública”, con destaque para Chávez (Maringoni, 2004: 144-146).

Si desde el Caracazo había quedado claro que el puntofijismo podría ser superado, el 4-F dio al proceso un liderazgo y propuestas más concretas. El 4-F asoció (hasta el momento) indisolublemente el proceso bolivariano al “fenómeno Chávez”. Sin embargo, como cualquier fenómeno complejo, eso no constituye algo solamente positivo. Desde entonces la relación entre chavismo y bolivarianismo se construye de forma inseparable, y por veces tensa y contradictoria. O sea, el proceso revolucionario venezolano tendría desde entonces y dialécticamente una posibilidad concreta de avance, que al mismo tiempo determinaría algunos de sus límites intrínsecos.

El “fenómeno Chávez” surge por primera vez en la rendición del golpe, cuando el líder profirió un breve discurso de un minuto y doce segundos en cadena nacional de televisión convocando sus compañeros a bajar las armas (y emitió la conocida y dúplice declaración “por ahora fuimos derrotados...”). En ese sentido, el “fenómeno Chávez” impactaba distintamen-

te la sociedad: a) para los “dueños del poder” representaba el carácter autoritario y militarista del golpe, como si este fuera simplemente la actitud irresponsable y aislada del teniente-coronel; b) para las “clases populares” el movimiento daba una cara a las insatisfacciones sociales de años anteriores, capturando su imaginación colectiva y la posibilidad de cambio del sistema vigente.

Con eso el MBR-200 empezó a transformarse en una organización socio-política de alcance nacional. Es en ese momento que surgen los Círculos Bolivarianos, una estructura organizacional primaria que frecuentemente organizaba asambleas para discutir política, círculos de estudio y formación ideológica. Era diseminado por medio de los Círculos Bolivarianos el Proyecto Nacional Simón Bolívar, cuyo postulado era el de que “el pueblo soberano debe transformarse en objeto y en sujeto del poder. Esa opción no es negociable para los revolucionarios” (Chávez, 2007: 12). Con el crecimiento del apoyo y de la participación popular en el movimiento bolivariano, en principios de 1997 el MBR-200 decidió participar con candidato propio en las elecciones presidenciales de 1998. Para la disputa electoral fue inscripto el partido MVR, que reflejaba la cautela de los líderes del movimiento “acerca del simbolismo de cada acción política, y el nombre que ellos escogieron para la nueva organización no era excepción” (López-Maya, 2003: 83), con la referencia a la “(re)fundación” de la república y lo semejante que es en habla española la pronuncia de “MBR” y “MVR”.

Había una gran diferencia entre el MBR-200 en cuanto una organización política y el MVR en cuanto partido político. Mientras el primero era una estructura horizontal y descentralizada cuyo objetivo primario era la formación y toma de conciencia política de sus miembros, el segundo era una estructura

vertical y centralizada cuyo objetivo exclusivo era la conquista electoral, alejándose de cualquier tipo de formación ideológica. El MVR era un movimiento demasiado heterogéneo, que sólo no excedía la heterogeneidad de la coalición que llevaría Chávez a la presidencia en 1999: el Polo Patriótico, que reunía el MVR, el Patria Para Todos (PPT), el Partido Comunista Venezolano (PCV), el Movimiento al Socialismo (MAS) y el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). Los desequilibrios y las diferencias ideológicas de sectores y partidos que compusieron la coalición ubicaron, desde entonces, “Chávez como el único capaz de mediar o calmar las diferencias internas, lo que reforzaba el carácter imprescindible del líder e imprimía a la acción del gobierno sus directrices ideológicas” (Ídem, 2008: 59). Con eso, si el chavismo surge recién después del golpe militar, de forma a destacar la figura y atribuir la responsabilidad del mismo al ex-teniente-coronel, este fenómeno resurge en nuevas bases debido a la heterogeneidad y a las disputas internas del MVR en cuanto partido electoral (y de la coalición que integraba). El chavismo encuentra su génesis en la creciente centralidad de Chávez como figura de unidad y de dirección imprescindible al proceso. Por tanto, no sorprende que por veces el chavismo se confunda o hasta mismo se choque con el bolivarianismo.

Uno de los grandes marcos de la construcción de la llamada “Quinta República” fue la redacción y la aprobación en referendo en diciembre de 1999 del nuevo texto constitucional. A pesar de garantizar la propiedad privada, innovaba con la promoción del concepto de “democracia participativa y protagónica”. Con la introducción de un conjunto de modalidades participativas, aunque sin substituir la representación, se buscaba ampliar el poder de los movimientos y organizaciones sociales.

En la secuencia, es consensual que las cuarenta y nueve Leyes Habilitantes representan la primera inflexión de la revolución bolivariana y que tanto el golpe de Estado de 11 de abril de 2002 cuanto el segundo Paro Patronal en 2002-2003 expresaron la reacción de la oposición a esta inflexión, probando que la disputa hegemónica en torno a la sustitución del sistema puntofijista no estaba todavía cerrada. Con el desarrollo del proceso, la oposición recurre a la vía institucional realizando el referendo revocatorio en 15 de agosto de 2004. Aquí nos deparamos una vez más con el “fenómeno Chávez”. Sin embargo, este referendo representaba más que la reducción entre los “a favor” o “en contra” Chávez, sino la confirmación de la legitimidad y continuidad del proceso de cambio. En ese sentido, a pesar de tratarse de apoyar directamente a la presidencia de Chávez, el referendo va más allá de su liderazgo, caracterizándose como el viraje en la polarización iniciada en 2002 y punto inicial del cambio de calidad de la revolución bolivariana. Tal cambio de calidad es notable a partir de la reelección de Chávez en 2006, cuando son anunciadas algunas tareas en torno a la construcción del “socialismo del siglo XXI”. Entre estas, destacamos la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) para agrupar las fuerzas políticas de apoyo al proceso, el proyecto de Reforma Socialista de la Constitución y el “empoderamiento del poder popular” por medio de los Consejos Comunales.

Las debilidades del MRV “limitado” como partido electoral, el creciente número de movimientos de base bolivariana y el viraje al socialismo ponían grandes desafíos al proceso revolucionario. La consciencia de tales desafíos volvió mayoritaria en el movimiento bolivariano la necesidad de un instrumento político capaz de preparar mejor y de forma más organizada la batalla de ideas y la disputa política en el interior de la socie-

dad. Así, en diciembre de 2006 era anunciada la formación del PSUV, cuyo objetivo central era construir una base partidaria sólida y organizada, estableciendo la unidad compleja entre el liderazgo gubernamental y la base social bolivariana. Evidentemente, de esa opción derivaron análisis de que habría la intención de formar un partido “hegemónico” en Venezuela (en los moldes del viejo Partido Revolucionario Institucional – PRI – mexicano) que pudiera garantizar el control bolivariano sobre el poder manteniendo su apariencia democrática (conferir Azcargota, Hernández, 2007). Sin embargo, hasta el momento no se constituyó ese cuadro, y parece no haber base empírica hasta aquí para sustentar que sea esta la intención no declarada de los bolivarianos al lanzar el PSUV.

Para un proceso revolucionario marcado desde siempre por una conflictiva relación entre lo reivindicativo y lo político, la verticalidad que ha marcado la formación y construcción del nuevo partido político socialista, automáticamente, “se tradujo en agresiones, tensiones y conflictos con el presidente a lo largo de 2007” (López-Maya, 2008: 60). El nuevo partido fue organizado de la misma manera que el MVR, con carácter de “urgencia”, pues su objetivo inmediato era aglutinar base electoral bolivariana suficiente para por medio del Referendo de Reforma Constitucional pretensamente instituir el socialismo por el voto. De modo que se propugnó la disolución de todos los partidos gubernistas dentro del PSUV, y aquellos que se recusasen deberían alejarse del gobierno. Así, si había una opinión predominante acerca de la necesidad de un nuevo instrumento político, no hubo muchos debates sobre su programa y, una vez más, la unidad y conducción del nuevo partido convergió en la figura central de Chávez. La propuesta de Reforma Constitucional en 2007 expresaba la voluntad política de radicalización del bolivarianismo, de proyectar (con

voluntarismo) la sociedad venezolana al socialismo por la vía institucional. Antes que representar la derrota del proyecto de cambio social bolivariano, creemos que la derrota del Referendo de Reforma representa la primera derrota del chavismo. El episodio de 2007 tuvo como punto positivo la reflexión sobre los caminos y descaminos del proceso bolivariano, como también expuso a la superficie la división entre chavismo y bolivarianismo.

Aunque permeado por el personalismo de Chávez, no es posible afirmar la cristalización definitiva de esta tendencia ni tampoco la consolidación de su control sobre las organizaciones y movimientos de base. Antes de la derrota en 2007 la disidencia y la crítica eran casi intolerables, de manera que era común catalogar las discordancias como traición al movimiento. Era común estigmatizar aliados políticos como el PCV o el PPT por no diluirse en el PSUV; presionar las fuerzas sindicales y movimientos sociales que resistían perder su autonomía para formar Consejos Comunales; reprender organizaciones populares o intelectuales que disintían de las propuestas y opiniones del presidente (López-Maya, 2008). De ha poco, la tendencia a atribuir la derrota a cuestiones externas al bolivarianismo vienen dando paso a discusiones sobre cuestiones internas, como la necesidad de respeto a la pluralidad política, de despersonalización y desburocratización con la apertura al debate y mayor participación en las decisiones del movimiento.

Los diez años de Revolución Bolivariana coincidieron, en febrero de 2009, con la victoria del “fenómeno Chávez” en el referendo de enmienda constitucional para reelecciones presidenciales indefinidas. Más allá de las acusaciones de la oposición, eso no garantiza la reelección indefinida de Chávez, pero posibilita que tal hecho se realice en cuanto se presente viable. Por tanto, el “fenómeno Chávez” se presenta claramente (y así

es percibido por la mayoría de sus seguidores) como la garantía de continuidad del proceso revolucionario. Sin embargo, tal hecho expone abiertamente la permanencia de debilidades en el proceso, sobretudo el chavismo, el exceso de personalismo que se gesta desde los tiempos de la creación electoral del MVR.

Alternativamente a la utilización del concepto de “populismo” como clave para analizar tanto el “fenómeno Chávez” cuánto el chavismo, consideramos que en Venezuela el “em-pate catastrófico” de fuerzas sociales y políticas, surgido del seno de la crisis hegemónica, tendría derivado hasta el momento en la experiencia del liderazgo “heroico” que constituiría una modalidad de “cesarismo progresista” – con ciertos elementos “jacobinos” en su manifestación. Según Gramsci, “el cesarismo es progresista cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar, aunque con ciertos compromisos y reacomodos que limitan la victoria” (2002, v.3, p. 76). Sin embargo, la imposición del “fenómeno Chávez” está integrada a un proceso de más larga duración: el bolivarianismo, aquí en su versión progresista.

Bolivarianismo y clases subalternas en Venezuela

El recurso a la herencia político-intelectual de los “próceres de la patria” venezolana no es exclusivo al proyecto de la Quinta República. “Cuando no hay un legado ideológico o un cuerpo de pensamiento comparativamente muy estructurado y sistemático, como ocurre en el caso de Simón Bolívar, se da la oportunidad de trascender el símbolo utilizando ese legado para componer, respaldar o suplir programas de acción política de todo género” (Carrera Damas, 2005: 15). Sin embargo, la referencia al legado bolivariano puede darse

tanto a través de la adopción ahistórica, envuelta en la simple admiración y exaltación, cómo también en la adopción históricamente reexaminada, en la actualización de su proyecto emancipador. En el primer caso se trata del “culto a Bolívar”, mientras “oferta ideológica compensadora del decepcionante balance de la abolición de la monarquía y ruptura del nexo colonial, conquistados en Venezuela mediante una crudelísima y prolongada guerra que fue esencialmente civil y que, por eso, dejó imborrables secuelas de odio y rencores en el seno de la clase dominante” (Ídem, *ibidem*: 24-25). En síntesis, el culto a Bolívar surge de la necesidad compartida por la clase dominante venezolana en restablecer el dominio y la estructura político-económica de la sociedad, legitimándose “a la sombra del libertador”.

En el segundo caso, se trata del “bolivarianismo”, cuya elaboración empieza en los años 1960, cuando el movimiento guerrillero venezolano comienza a alejarse de la ortodoxia soviética e inicia el reexamen del papel histórico y social de Bolívar, relectura continuada por el MBR-200 (Gott, 2004). El bolivarianismo puede ser definido por los puntos esenciales del programa y actuación histórica de Bolívar, que aún tiene validez contemporánea, como su constancia revolucionaria, comprensión de la necesidad de unión de todos los revolucionarios para alcanzar el triunfo de la revolución, su orientación hacia una independencia plena y soberana, sus advertencias constantes contra el peligro por parte del expansionismo de los EUA (siendo precursor del anti-imperialismo), y su programa e ideal de solidaridad latinoamericana con contenido revolucionario y progresista, objetivando alcanzar un nuevo equilibrio en la balanza internacional (Zeuske, 1985: 18-19). En síntesis, el bolivarianismo tiene su fundamentación en el rescate y continuidad del proyecto de emancipación venezo-

lano de las oligarquías político-económicas que reproducen la estructura dependiente, contra la subordinación del país bajo el influjo de agentes del imperialismo y por la distribución radical del poder político. Se refiere entonces a las condiciones de realización de la “segunda emancipación”.

La actualización por la izquierda del bolivarianismo fue y sigue siendo todavía de suma importancia, ya que más que reactivar el nacionalismo, el antiimperialismo, el integracionismo regional y distinguirse de la tradición “folclórica” de los “dueños del poder”, rompe igualmente con la atribución apriorística de un sujeto de la emancipación social. La modalidad de integración venezolana al mercado mundial basada en la exportación petrolera, mientras desarrolló algunas industrias de capital intensivo reunidas en torno de esta producción, lo hizo en detrimento de las industrias de bienes de capital, una vez que la mayor parte de la producción nacional encuentra su realización en el mercado externo. La clase trabajadora venezolana se desarrolló sobre las bases del desempleo, subempleo y sobreexplotación del trabajo. Eso es evidente por el hecho de que “hacia principios de la década del 1980 esa situación se evidenciaba en que el 90% de las exportaciones de Venezuela eran generadas por sólo 3% de la mano de obra” (Nicanoff, Stratta, 2008: 4). Eso significa que aunque poseyendo peso político significativo, el reducido proletariado petrolero no es capaz por sí de convertirse en sujeto exclusivo de la emancipación sin tomar en cuenta la fragmentación y jerarquización que define la clase trabajadora venezolana. La renovación creativa del bolivarianismo demuestra que la fragmentación y jerarquización en el seno de la clase trabajadora no pueden ser superadas solamente por la socialización de la producción, sino en conformidad y con la participación y distribución radical del poder político.

Más allá de las características peculiares del desarrollo del capitalismo en Venezuela, es evidente que la creciente complejidad de la modernidad contemporánea (y consequentemente de las diversas formas de capitalismo) también contribuye para la necesidad de relativizar la absolutización común a las izquierdas de los siglos XIX y XX de la tesis de la centralidad de la clase obrera. Esta se mantiene numéricamente relevante, pero convive con la creciente pluralización y redefinición de las formas de trabajo y sociabilidad en todo el globo. Por tanto, no sorprende que tenga habido por parte de las izquierdas en las últimas décadas un proceso de nacionalización y de comprensión más flexible y plural de la noción de “sujeto” y “modelos” revolucionarios – y en algunos casos de la propia noción de revolución. Todo eso se queda claro en el contexto latinoamericano reciente, que asistió a la asunción al poder de izquierdas más flexibles y plurales (conferir Silva, 2010). La vía bolivariana, el MVR y el PSUV se insertan en ese contexto.

Otro factor a ser discutido para la comprensión del bolivarianismo es el proceso de movilización y radicalización social vivida en Venezuela a partir del final de los años 1980. Con la excepción de la guerrilla de la década de 1960, el país no era reconocido en el continente como palco de grandes movilizaciones y organizaciones sociales, y también no pertenecía al grupo de países en transición de la dictadura a la democracia. El cambio de conciencia desencadenado por el Caracazo, claramente expresado en el crecimiento vertiginoso del número de reivindicaciones callejeras y de paros de trabajadores, demarca una peculiar forma de relación y negociación entre los sectores populares y el poder estatal, definida como “política de calle”. El ambiente de deslegitimación de las organizaciones sindicales, partidarias y estatales contribuye para la naturaleza y forma específica de las manifestaciones populares. Así,

manifestaciones callejeras de sectores sociales tan distintos como estudiantes, vendedores informales, desempleados, funcionarios públicos y habitantes de barrios medios y pobres, tienen en común el carácter reivindicativo de derechos violados o negados, presentándose como víctimas del Estado y enfatizando la apoliticidad de las demandas (López-Maya, 2002).

Los movimientos de las clases subalternas a lo largo de la década de 1990, al construir sus demandas con base en el discurso de los derechos ciudadanos victimados por un Estado rico y negligente, antes que reforzar la auto-percepción de sujetos de poder, reforzó la auto-concepción de víctimas del poder. El carácter reivindicativo y fragmentado fueron factores que dificultaron la consolidación de las manifestaciones más allá de las calles, en dirección a otros espacios y canales de disputa político-hegemónicos más sólidos, tales como cooperativas, asociaciones, sindicatos y partidos. Sin embargo, la asunción del bolivarianismo y del chavismo debe ser comprendida también a partir de esas movilizaciones. Ellas son importantes para comprender la evolución del proceso, especialmente en sus primeros momentos. Según Moraes (2010: 7), había claramente dos caminos para el gobierno de Chávez: no atender a las demandas populares y correr serio riesgo de perder su apelo y caer en el ostracismo; o atender a las reivindicaciones populares y solidificarse como su liderazgo, proyectando una larga permanencia en el poder.

El cambio cualitativo de la acción colectiva de la concepción de víctimas del poder a la de sujetos del poder empieza a darse cuando, después de la posesión de Chávez en 1999, se inician las discusiones en torno a la preparación de la nueva Carta Magna y se abren espacios democráticos para la participación. Los movimientos sociales, partidos y organizaciones civiles presentaron 624 propuestas a la Asamblea Constituyen-

te, siendo más de la mitad incorporadas al texto constitucional (López-Maya, 2003; Ellner, 2008). No hay dudas que las modalidades de referendos previstas en la Constitución de 1999 forman parte de los elementos decisivos de las vías de participación democrática, protagónica y popular de la vida política del país. Asimismo, llevan adelante el principio de que “el pueblo soberano debe transformarse en el objeto y en el sujeto del poder, opción no negociable para los revolucionarios”. Por eso, es de suma importancia que el proceso bolivariano conserve la autonomía y la discusión con partidos, movimientos y organizaciones que componen su base; que promueva concretamente las circunstancias de participación y protagonismo, y no sólo representación.

Desde entonces, considerando la contradictoria existencia de potencial popular y deficiencia organizativa, el gobierno bolivariano tiene impulsado tanto la organización de movimientos ya existentes, como incentivado la creación de estas estructuras en comunidades menos organizadas. En 2001, el modelo organizativo que sentó las bases del bolivarianismo, los Círculos Bolivarianos, fue recreado con objetivos ampliados, como difundir la nueva Constitución, hacer discusiones políticas, y organizar asociaciones de barrios, cooperativas de pequeños productores, grupos de madres. Eran estructuras sin un comando centralizado ni articulación permanente (Marinoni, 2004).

La promulgación de las cuarenta y nueve Leyes Habilitantes, en especial la Ley de Tierras, reabrió el enfrentamiento de la cuestión agraria y de la soberanía alimentar por la vía constitucional, hecho que incentivó la organización da la Coordinadora Agraria Nacional Ezequiel Zamora (más tarde Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora), cómo también del Frente Campesino Revolucionario Simón Bolívar. Del mismo

modo, se formaron las Mesas Técnicas de Agua (MTA), cuyo objetivo central era a través del diálogo y cambio de experiencias entre pobladores de las comunidades y técnicos, buscar soluciones para las graves deficiencias en el servicio de agua potable y alcantarillado. Asimismo, se puede hablar de los Comités de Tierras Urbanas (CTU), que fueron creados para la regularización de la posesión en los barrios populares, y mientras son producto directo del Estado, tienen su representación elegida en la comunidad (Lovera, 2008). Una de las peculiaridades de la vía bolivariana es la combinación desigual entre el reivindicativo y político por parte de las clases subalternas, y el incentivo directo o indirecto del Estado bolivariano a su organización. Eso fue patente durante el golpe de abril de 2002, cuando mientras los líderes del MVR pasaban a la clandestinidad, fue desencadenada una fuerza social espontánea no anticipada por ningún intelectual: centenas de miles de habitantes de los barrios de Caracas movilizados, ocupando calles, cercando cuarteles, medios de comunicación y el Palacio de Miraflores, “quebraron” el golpe e hicieron aflorar la enorme potencialidad de las acciones colectivas anteriormente inauguradas (Nicanoff, Stratta, 2008).

De modo asemejado, durante el paro patronal de Petróleos de Venezuela SA (PDVSA) en 2002, mientras cerca de 80% de los altos funcionarios de la estatal cruzaban los brazos, la misma proporción de trabajadores de menor rango siguió actuando y tomó el control de los locales de trabajo (Ellner; 2008: 49-58). Al asumir el control y derrumbar el sabotaje de la empresa y del complejo industrial más importante de Venezuela, con apoyo de la mayor parte del ejército (que consideró el paro un ataque a la soberanía nacional), la clase obrera desplazó históricamente a la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), central asociada a la oposición, y fundó en

2003 la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) como central autónoma y combativa (Nicanoff, Stratta, 2008).

Sin embargo, si existe la referida combinación desigual entre la movilización popular y los incentivos desde el poder, no se puede desdoblar de eso ninguna concepción ingenua acerca de la “pureza” y “radicalidad” popular opuestas a los “vicios” y “manipulaciones” estatales. La vía bolivariana es el resultado complejo de diversos factores y correlaciones de fuerzas en los distintos espacios y actores colectivos que interactúan en ese proceso. En todos los sectores hay el intento de algunos actores en profundizar el proceso contra el deseo de otros de “estancarlo”, y diversos actores pueden asumir posiciones distintas a cada momento o tema.

Después de las ofensivas golpistas, el gobierno de Chávez actuó en varios frentes visando ampliar su base de apoyo. Es parte de esos esfuerzos el lanzamiento de las Misiones Sociales que en principio tenían como meta solucionar las carencias y problemas de la población generados por el paro petrolero de 2002-2003. Esos planes sociales promueven estructuras de la administración pública paralelas a las tradicionales y atingen amplios sectores populares, más allá de un tercio de los sectores medios de la sociedad venezolana. Según Lander (2007: 72), las misiones tienen como virtud “su capacidad para saltar obstáculos burocráticos y llegar en forma directa y rápida a los sectores más excluidos de la población”; y más, “buena parte de estas misiones se basan en la promoción de procesos organizativos en las comunidades como parte de su diseño y ejecución”. Como consecuencia, su impacto sobre las condiciones de vida de las clases populares es considerable, y es todavía más amplia la diversidad de procesos organizativos populares que ellas contribuyen a crear o a fortalecer en todo el país.

Los Consejos Comunales representan hasta el momento el más grande esfuerzo del gobierno bolivariano en organizar e incentivar la participación social. Estos serían instancias participativas, organizadas y articuladas en el interior de las propias comunidades, de modo que las mismas ejercerían directamente la gestión de políticas públicas y proyectos basados en las necesidades y prioridades locales. Su lógica participativa sortearía los niveles estatales y municipales, estableciendo una relación directa entre la organización comunitaria y el gobierno federal (una suerte de *by pass* de aquellos niveles intermedios). Los mecanismos para su constitución, los trámites para la formulación de proyectos y obtención de recursos tampoco exigen mediaciones burocráticas. “En pocos meses se generó una dinámica de cambios y expectativas que tuvieron un importante efecto organizativo y movilizador. Incluso en sectores de clase media de Caracas se crearon Consejos Comunales” – aunque en menor número y con tintes más opositoristas. Se fortaleció con eso “el tejido social en las comunidades y la cultura política de la participación” (Ídem, *ibídem*: 77-78).

Así las cosas, la vía bolivariana enfrenta no sólo las ofensivas de la oposición, sino los conflictos dentro de sus filas, entre los que desean profundizar la revolución y aquellos que surgen como una nueva élite (la llamada “boliburguesía”). La nacionalización de la empresa Siderúrgica de Orinoco (Sidor) en 2008, “sólo fue posible sobre los cimientos de una organización de base capaz de confrontar con la dirección de la empresa (...) y conducir al Estado a una nacionalización de un área estratégica con un peso decisivo de la cogestión obrera en su administración” (Nicanoff, Stratta, 2008: 14). Lo que ha incentivado la nacionalización de algunos sectores de la industria de alimentos, de la Compañía Anónima Nacional de Teléfonos de Venezuela (CANTV) y del Banco de Venezuela. Sin embargo,

ese hecho suscita el debate acerca del tipo de sociedad socialista que se pretende, o sea, si las empresas nacionalizadas pasarán al control autogestionario de los trabajadores o si permanecerán bajo el control mayoritario estatal. En otras palabras, si las condiciones permitirán superar la identificación histórica entre propiedad pública y propiedad estatal. Lo más expresivo de las últimas décadas, con eso, es la referida combinación desigual entre “lo reivindicativo y lo político, sin separaciones mecánicas de un plano sobre otro”, lo que notoriamente revela que “casi la totalidad de los movimientos sociales existentes se fundan después de 1999, y sobretodo a partir de 2002. Esto marca tanto la relevancia del proceso, como su carácter difuso, cambiante e inestable” (Nicanoff, Stratta, 2008: 13).

Democracia, capitalismo y rentismo: los rumbos de la vía bolivariana

El “socialismo del siglo XXI” responde no solamente al peso destacado de la lucha por la democracia (en un sentido más “radical” y “popular”, no exactamente desde el punto de vista de la democracia “liberal”), como también a las adaptaciones de la izquierda latinoamericana en las dos últimas décadas. En principio, notamos su alejamiento de modelos tradicionales de organización: sea el modelo “clasista de masas” (característico de la socialdemocracia europea en su época “clásica”), tradicionalmente asociado a sectores de centroizquierda o de izquierda democrática, sea el “leninista”, asociado a las corrientes comunistas (Gunther, Diamond, 2003). Poco flexibles y calcados en la movilización colectiva y en identidades sociales ahora en disgregación, los referidos modelos “clásicos” de las izquierdas serían poco adecuados a una realidad progresivamente marcada por un aumento de la complejidad social y por identidades y subjetividades colec-

tivas más flexibles y heterogéneas. En su lugar, no nació un nuevo modelo único. Fueron asumidas formas diversas (hasta cierto punto “híbridas”), más adaptadas a las realidades locales, no más originadas de una “fórmula” universal. Las formas organizativas asumidas por el MBR-200, por el MVR y por el PSUV son ejemplos de eso.

Asimismo, el bolivarianismo se alejó de los modelos ideológicos tradicionales de ese campo político, notablemente de las experiencias del “socialismo real” y de cualquier ideología “oficial”, en cierto sentido “nacionalizándose”. Teniendo en cuenta la crisis del ideario marxista y derrumbe del “socialismo real”, la relativa “independencia” simbólica permitió el alejamiento de esas referencias en franco colapso, y la adecuación a la creciente fluidez y heterogeneidad social contemporánea. Se abrió, sobretodo, la posibilidad de ampliación de los sectores sociales que el bolivarianismo representa, potencialmente aumentando sus bases sociales y electorales. Se notó, en definitiva, un creciente pluriclasismo y supraclasismo en el interior del proceso. Más allá de la potencial ampliación de los sectores aliados, con la inclusión de capas medias y sectores “productivos” de la burguesía, es notable el recurso a referencias como “pobres”, “ciudadanos”, “pueblo” o “nación”.

Otro factor importante fue que hasta en su sentido “mínimo” (“formal”), el bolivarianismo, así como las principales izquierdas latinoamericanas, se afirmaron demócratas y aceptaron participar del “juego democrático” – más que a algunos analistas y/o adversarios políticos les gustaría admitir. Con eso, se alejaron de la imagen comúnmente asociada a izquierdas de todos los cuadrantes, en especial las del subcontinente. Las izquierdas latinoamericanas actuales aceptaron la democracia en sus aspectos representativos, entraron en la disputa democrática, y fueron aceptadas como adversarios por sus

contendores (algo difícil hace poco en la región). Asimismo, otra característica fue su antineoliberalismo, que sirvió simbólicamente de “faro” y denominador común aglutinador, en medio a la “niebla” de los grandes cambios ocurridos en la última cuadra histórica. Y sirvió de aglutinador de votos y apoyos cuando el neoliberalismo empezó a dar señales de agotamiento en Venezuela, en la región y en el mundo.

La cuestión democrática en especial viene ocupando lugar destacado en las luchas políticas y sociales, como también en las reflexiones sobre la misma. Uno de los cambios más significativos desde el principio del gobierno bolivariano en 1999 es que la participación política, más que mera formalidad, se convirtió en realidad en la fórmula de la “democracia participativa y protagónica”. Combinando formas de representación, participación y movilización de masas, esa manifestación democrática amplía el poder de los movimientos populares y su aprendizaje político. Sin embargo, la concepción de democracia en cuestión en Venezuela – y podemos ampliarlo hacia todo el subcontinente – agrega contenidos, conceptos y apunta significados que trascienden su definición habitual. Hablar de democracia en América Latina implica en primer lugar la soberanía. Así, “como presupuesto necesario, poner el tema de su capacidad de autodeterminación, o sea, dibujar sus metas en libertad, atendiendo primariamente a las exigencias de sus pueblos”. En segundo lugar, la justicia social. Se trata no sólo de dar la debida atención a las necesidades más urgentes y a la erradicación de la miseria, sino luchar contra la dominación y explotación de muchos por pocos, por un orden social tendiente a la justicia e igualdad. La lucha por la democracia puede perfectamente asociarse a la “lucha por el socialismo, poco importando los calificativos que a él se acrecienten o los plazos que se establezcan para su consecución” (Marini, 1992: 13-14).

La identificación de dos tendencias internas a la vía bolivariana, que no necesariamente se anulan en el plano político sino que se complementan dialécticamente, apunta para la existencia de complejidades que, si ignoradas, podrían tornar algunas propuestas dogmáticas y/o simplificadoras. Por tanto, el hecho del “socialismo del siglo XXI” no presentar una fórmula acabada y mantener su indefinición y apertura (debiendo ser construido en la praxis), la relación entre chavismo y bolivarianismo, y la concepción de democracia participativa y protagónica denotan que el socialismo buscado se aleja de nociones preconcebidas y de simplificaciones – que caracterizan muchos de los debates acerca de los socialismos y también de los análisis del “fenómeno Chávez” (conferir Ellner, 2010).

Sin embargo, si verificamos avances significativos en la “ampliación” de la democracia (mientras sus aspectos más “formales” son preservados), no se percibe lo mismo cuanto a la socialización de la producción. En realidad el sector capitalista se desarrolla mucho más rápidamente que el sector público y, a pesar de las nacionalizaciones, todavía controla ampliamente la economía nacional. Tal hecho podría ser asociado a la concepción genérica de progreso y desarrollo nacional, típicas de las políticas de alianzas de clases en los regímenes llamados “populistas” – clasificación (o acusación) que la vía bolivariana recibe constantemente. Sin embargo, eso se explica efectivamente por la forma de utilización de la renta petrolera. De un lado, los recursos provenientes de la exploración de petróleo son redistribuidos socialmente, con el intento de mejorar las condiciones de vida de la mayoría pobre de la población, en los ámbitos de las Misiones, en la construcción de viviendas, de infraestructura urbana y medios de transporte colectivos. Por otro, son distribuidas subvenciones importan-

tes a las cooperativas y a los Consejos Comunales (Lander, López-Maya, 2009; Toussaint, 2009; Ellner, 2010).

De este modo, “el sector capitalista se beneficia también largamente de estos gastos gubernamentales, pues es quien domina, de lejos, la banca, el comercio y la industria alimentaria” (Toussaint, 2009: 7). Los recursos redistribuidos por el Estado a la sociedad terminan por concentrarse en los bolsillos de los capitalistas, pues son ellos que controlan el sistema bancario nacional, la industria alimentaria y las cadenas de comercio y distribución, y que lucran ampliamente con las importaciones por el tipo de cambio muy favorable. Y más, con el propósito de evitar mayores contiendas con la desapropiación directa de la propiedad capitalista, las nacionalizaciones son llevadas adelante por medio del pago de indemnizaciones de recompra. La construcción del “socialismo del siglo XXI” parece entonces hasta el momento compartir características esenciales con el modelo capitalista rentista anterior (sin exactamente reproducirlo). La determinación de la renta petrolera en la consolidación de las conquistas políticas y sociales tiene enorme peso cuanto a la vulnerabilidad externa de la economía a las variaciones en los precios del petróleo en el mercado mundial. Por eso, las orientaciones de la política externa bolivariana pasan por el fortalecimiento de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y de las relaciones multilaterales y simétricas con otros países periféricos. La continuidad y profundización del proceso depende, por tanto, de la modificación de la táctica de transición al socialismo y de socialización de la producción, pues la simple redistribución de la renta petrolera, aunque satisfaga algunas de las necesidades urgentes de las clases subalternas, sugiere efecto contrario al reforzar el sector capitalista.

Consideraciones finales

La elección de Chávez en 1998 inicia cambios y rupturas profundas con el esquema político y democrático de Venezuela. Desde entonces, el término “chavismo” aparece muchas veces como síntesis descriptiva de la totalidad de los procesos de cambio político-social. Acreditamos que definir la complejidad sociopolítica venezolana a través del chavismo es insuficiente, una vez que delimita todo el proceso a la capacidad individual de su liderazgo, así como también desconsidera la existencia del potencial transformador social preexistente y que, después de las elecciones de 1998, asume igual importancia. Del mismo modo, asociar el chavismo al discurso populista – “radical” y “maniqueísta” – no supera esta limitación, en realidad la refuerza equivocadamente, más allá de vaciar la categoría “populismo” de todas sus determinaciones históricas.

Buscamos demostrar que entre algunas peculiaridades del proceso bolivariano, despuntan el cambio cualitativo de los movimientos de las clases subalternas, que de víctimas del poder se vuelven progresivamente en sus sujetos. En ese sentido, al mismo tiempo que la vía bolivariana transforma la sociedad, la política y las instituciones anteriores, ella permite que se preserven (recreando, pero preservando) medios de representación democrática y caminos de intervención estatales, adelante “relegitimados”. Al mismo tiempo que proponen formas de actuación directa, ella representa bases sociales que antes carecían de representación política y estatal.

La falta de una tradición político-organizativa consolidada y el incentivo directo o indirecto del gobierno en la dirección de solidificar su base de apoyo es razón de seguidas tensiones. El bolivarianismo como tendencia radical de cambio social, dado la combinación desigual entre expresiones reivindicativas y políticas (aunque anterior y más allá del MBR-200, del

MVR, del PSUV o del chavismo), es todavía un proceso en definición. Pero una de sus más grandes riquezas es, sin duda, la capacidad de activar los contenidos transformadores, nacionalistas y anticolonialistas de Bolívar y recrear así el sujeto social de la emancipación, expresando la posibilidad de la síntesis dialéctica entre el socialismo como forma, o sea, como ideal o proyecto de transformación radical, con el contenido, o sea, las especificidades históricas y sociales venezolanas.

En principio el chavismo remetía exclusivamente a la responsabilidad de Chávez en el golpe militar de 1992. El chavismo gana nuevos contornos cuando la heterogeneidad del MVR confiere a Chávez papel mediador y directivo fundamentales. Así, en la medida que el proceso avanza y hace aumentar los enfrentamientos con la oposición y las contradicciones internas, el chavismo se vuelve una garantía de la continuidad y profundización de los cambios sociales, y al mismo tiempo un elemento personalista y limitador de la autonomía y participación política. Esas contradicciones son evidentes desde la formación de los Círculos Bolivarianos, de las Misiones, de los Consejos Comunales, como también en la fundación del PSUV. No causa espanto que en determinados momentos el chavismo se confunde o hasta mismo pelea con el bolivarianismo. Ese fenómeno debe mantenerse mientras la política y la sociedad venezolanas probablemente serán marcadas por un largo tiempo por la dicotomía chavismo/antichavismo.

Las tensiones entre autonomía y subordinación de las bases bolivarianas, la reducción de las elecciones y referendos al “en contra” o “a favor de Chávez”, más las dificultades en superar la propiedad y la división capitalista del trabajo corren el riesgo de reducir la democracia participativa y protagónica (uno de los elementos centrales del proceso revolucionario) más en fin que en un medio de transformación social. Mien-

tras el proceso defiende hoy día la superación del capitalismo, cabe cuestionar la capacidad de realización y reproducción en el tiempo de cambios más radicales – incluso la necesidad de consolidación de nuevas institucionalidades, algo difícil en medio al voluntarismo e inestabilidad típicos de los fenómenos de cesarismo progresista.

Bibliografía

- AZCARGOTA, JESÚS, HERNÁNDEZ, IVO (2007). “PSUV: ¿Partido hegemónico o partido único?” **Temas de Coyuntura**, n. 56.
- CARRERADAMAS, GERMÁN (2005). **El Bolivarianismo-Militarismo, una ideología de reemplazo**. Caracas: Ala del Cuervo.
- CHÁVEZ, HUGO (2007). **Senderos de la vía bolivariana**. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- ELLNER, STEVE (2010). “Hugo Chávez’s first decade in office: breakthroughs and shortcomings”. **Latin American Perspectives**, v. 37, n. 1.
- _____ (2008). “Las tensiones entre la base y la dirigencia en las filas del chavismo”. **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, v. 14, n. 1.
- GOTT, RICHARD (2004). **À sombra do libertador: Hugo Chávez e a transformação da Venezuela**. São Paulo: Expressão Popular.
- GRAMSCI, ANTONIO (2002). **Cadernos do cárcere**, 6 v. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- GUNTHER, RICHARD, DIAMOND, LARRY (2003). “Species of political parties: a new typology”. **Party Politics**, v. 9, n. 2.
- LANDER, EDGARDO, LÓPEZ-MAYA, MARGARITA (2009). “El socialismo rentista de Venezuela ante la caída de los precios petroleros internacionales”. **Cuadernos del CENDES**, v. 26, n. 71.
- _____ (2007). “El Estado y las tensiones de la participación popular en Venezuela”. **OSAL, Año VIII, N° 22**.
- LÓPEZ-MAYA, MARGARITA (2008). “Venezuela: Hugo Chávez y el bolivarianismo”. **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, v. 14, n. 3.

- _____ (2003). “Hugo Chávez Frías: his movement and his presidency”. En Ellner, Steve, Hellinger, Daniel. **Venezuelan politics in the Chávez Era**. Colorado: Riener.
- _____ (2002). **Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de acción colectiva en 1999**. Buenos Aires: Clacso.
- LOVERA, ALBERTO (2008). “Los Consejos Comunales en Venezuela: democracia participativa o delegativa?” **Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales**, v. 14 n. 1. -87
- MARINGONI, GILBERTO (2004). **A Venezuela que se inventa – poder, petróleo e intriga nos tempos de Chávez**. São Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- MARINI, RUI MAURO (1992). **América Latina: integração e dependência**. São Paulo: Brasil Urgente.
- MORAES, WALLACE DOS SANTOS DE (2010). “Por que Chávez chegou ao poder e como permanece por mais de uma década? Um balanço dos onze anos de chavismo na Venezuela”. **Análise de Conjuntura OPSA, n. 4**.
- NICANOFF, SERGIO, STRATTA, FERNANDO (2008). “La revolución bolivariana. Notas sobre la relación entre Estado y movimientos sociales”. I Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos, Mar del Plata, 26 a 28 de septiembre de 2008.
- SILVA, FABRICIO PEREIRA DA (2010). “Até onde vai a ‘onda rosa’?” **Análise de Conjuntura OPSA, n. 2**.
- TOUSSAINT, ERIC (2009). “Luces y sombras en la Venezuela bolivariana”. **Rebelión, 12/10/2009**.
- ZEUSKE, MAX (1985). “Simón Bolívar, su posición en la historia y en la actualidad”. En _____. **Interpretaciones y ensayos marxistas acerca de Simón Bolívar**. Berlín: Akademie-Verlag.